

Fletamos un helicóptero para obtener mejores vistas aéreas

UNA JORNADA EXCEPCIONAL A VISTA DE PAJARO

José Olabegoia, 67 años de edad y 29 como cuidador de las instalaciones de Maiona a duras penas podía creer lo que veía: un helicóptero pintado de rojo y blanco que se venía encima de su campo de fútbol. «Irrintzi», el pastor alemán de dos años y medio de edad que le ayuda a proteger la finca de los intrusos fue mucho más expeditivo que su dueño: se lanzó bajo los patines del helicóptero para, a colmillo descubierto, disputar el espacio al visitante inesperado. Un visitante, éste, que no era otro que el helicóptero alquilado por EL CORREO ESPAÑOL-EL PUEBLO VASCO para cubrir alguna de las facetas informativas de la jornada de ayer.

—Mira —me dice Olabegoia con un vaso de vino en la mano tras haber domado a «Irrintzi»— aquí entrena un montón de equipos, al menos diecinueve, pero hoy todos están abajo, en la Ría, recibiendo al Athletic.

De allí, de la Ría, venía el helicóptero fletado por El Correo, hábilmente dirigido por José Mari Montalt, un valenciano que dice no saber nada de fútbol —lo cual no obstante para que recuerda la derrota en domicilio propio infligida por el Athletic al Valencia en la anteúltima jornada de Liga, y que situó al equipo de Clemente en franquicia para alcanzar el liderazgo.

Por cierto que José Mari tiene experiencia singulares en esto de trabajador con los medios de comunicación so-

cial: ha trabajado en varias ocasiones para el programa «La busca del Tesoro» de TVE, con Miguel de la Cuadra Salcedo. «El problema suele ser —nos dice— que la chavalería se echa encima del helicóptero, y termina siendo arriesgada la aproximación. Ahora, después de aterrizar no veas: al Miguel «se lo comen».

Unos minutos antes allá abajo, en el corte del Nervión, los redactores de El Correo desplazados para cubrir esta faceta específica de la jornada, la vista aérea de la noticia, habían podido apreciar, desde la tribuna excepcional que constituyen los quinientos pies de sobrevuelo de un aparato de estas características, el trajín que se traía la gente allá abajo.

Era curioso: allá veías a la gabarra del Athletic progresar afanosamente por las enlodadas aguas del Nervión, flanqueada por una infinidad de pequeñas embarcaciones atiborradas de gente. A medida que el cortejo superaba las «posiciones» que el público había logrado tras largas horas de espera, éste las abandonaba para seguir a las embarcaciones, Ría arriba, hasta donde el resto de la hinchada lo permitiera.

Los puentes eran una verbenas. En el de Deusto, como en el de la Solución centro, el tráfico se detuvo para observar el paso de las embarcaciones. Ya desde el Ayuntamiento en adelante, el gentío

se constreñía sobre los puentes, al punto de que parecía imposible no sólo el equilibrio del puente en sí, sino el de la gente que lo ocupaba.

En San Antón, contenido por un cordón de la Ertzaina, el público se mantuvo a una distancia prudente del lugar por el que había de desembarcar al Athletic y su cohorte. Por cierto que que hubo dudas sobre a qué escalerilla dirigir a la famosa gabarra: si a la del Mercado, o a la de San Antón. Entre dimes y diretes se perdieron allí varios minutos, y para no importunar más al público con el estruendo del helicóptero, nos fuimos a Maiona, a tomar un «chato»

con el bueno de Olabegoia.

Desde allí, desde el solitario campo de fútbol al que llegaban, atronadores, los auras trasmítidos por el servicio de megafonía situado en el Ayuntamiento e inmediaciones, oímos al Obispo pronunciar su bienvenida y, más tarde, el rugir de la multitud cuando el equipo abandonaba la Basílica. A esta señal nos volvimos a lanzar al aire para observar la caravana

conformada por Policía autónoma y camión del Athletic, cuyo descenso por la solución centro se hizo más lento de lo previsto, para terminar desembocando frente al Ayuntamiento, en medio de una masa de gente muchísimo más que regular. Y si no, juzguen ustedes por las fotografías obtenidas desde el helicóptero que este periódico dispuso para tan expreso fin, en jornada tan excepcional.

EL NERIÓN, EN ROJO Y BLANCO



Nuestros compañeros Fernando Pescador y José Luis Nocito, con Olabegoia, el cuidador de Maiona; José Mari Montalt, el piloto del helicóptero fletado por EL CORREO ESPAÑOL-EL PUEBLO VASCO y dos amigos.

EL NEGRO DE LA SUERTE

Manuel Leguineche

MADRID. Lid. Fue para mí un partido en negro, de negro, con negro, que aquí me he atascado como le ocurrió a Pio Baroja en Coria con la gramática española. Fue un partido en negro y eso es lo que me tocaba como tercero-mundista, en el sentido literal y pigmentado, un ciudadano negro que se encaramó sobre mi tribuna como Tarzán a un árbol horas antes del partido y sin pagar. Allí lo encontré en mi campo visual. De modo que mi final fue pasada por negro acrobático y silencioso. Menos mal que en las jugadas en el área del Athletic me ahorraba de cerrar los ojos porque allí estaba el pelo crespo del africano para tapar peligros y conjurar amenazas. Se agarraba a la barandilla con gran ciencia y en ningún momento perdió el equilibrio. Estaba a punto de decirle al pobre hombre que escurriría el bulto cuando descubri dos cosas al mismo tiempo: que era del Athletic y que cada vez que con voz monótona del África profunda decía «Bilbaooo» el juego incisivo y racheado del Athletic desbordaba al Barça. De modo que le dejé allí como criatura de buen augurio a pesar de que un espectador vecino, natural de Larrabeza, me decía a unos metros «pues ya tiene usted mala suerte, de cien mil espectadores que hay le ha tocado a usted el único negro».

Los africanos creen con gran fe en el «ju-ju», en el hechizo, en el embrujo y Pelé encendía velas a la «umbanda» antes de los partidos. A mí me bastó este negro de la suerte porque a nuestro lado allá abajo la hinchada catalana lanzaba gases lacrimógenos de color verde antes de que diera comienzo el partido. Uno puede soportar con cierta gallardía una guerra, pero muy mal esta ducha escocesa en forma de partido de fútbol. Sin embargo, en cuanto vi llegar a César Menotti supe que ganaríamos el partido. Allí estaba «el flaco», melancólico como un poeta portugués, camino de su banquillo. Este hombre vive en una contradicción permanente, sus ideas populistas y la caja fuerte de miles de millones en la que se ha metido y de la que no puede salir. El partido del Barça fue el fiel reflejo del rostro de Menotti, mustio, de pizarra mal planteada, de pases cortos en la imposible búsqueda del genio. Un fútbol con ayuda del árbitro de «coitus interruptus». Al Athletic le

vi fehaciente, con gran fortaleza física. El partido con los gritos y banderas fue coral, apabullante. Dice ahora Menotti que de seguir así el fútbol terminará en corrida de toros. Es muy ilustrado «el flaco» pero no ha leído a George Orwell que allá por 1945 en su libro «El espíritu deportivo» decía con toda razón que «el fútbol es la guerra pero sin tiros». Además yo no soy eruditó de estas lides pero ¿recuerdan aquel bronco y salvaje partido del Independiente argentino hace como quien dice treinta años en San Mamés? «El flaco» ha nacido para entrenador de un equipo ficción, de un fútbol ficción, mucho fichaje y mucha computadora. Recuerdo ahora y cito de memoria unas palabras que vienen al pelo de un compatriota de mi negro del Bernabéu el atleta de Kenya, Filbert Bayi, que descubrió muchos años después lo de sudar la camiseta, «los récords del mundo son como las camisetas decía, cualquiera puede comprarlas si trabaja por ellas». Ese fue el Athletic en la final.

El fútbol pertenece tanto a los que juegan como a los que miran y no es ya sólo el deporte concebido para mantener a los mineros fuera de las calles o como algunos han visto el instrumento de la hegemonía burguesa en el sentido gramsciano, dominado por la idea falocrata de la virilidad, etc., etc... Sino una religión del siglo, una catarsis, una pasión liberadora. Con todos sus excesos. Los raros devaneos de Schuster y su vocación de «palankari», el sentido del ballet olímpico de Maradona desataron a mi lado las iras de los rojiblancos.

Ya se sabe que el fútbol encubre algo más profundo e intenso, en caso contrario no habría excitación, ilusión, nirvana o placer. La última venganza del juego-y-no-puedo contra el rodillo atlético fue ese final con karatecas de rojo y azul. A todos nos agrió un poco la miel del triunfo en los próximos minutos salvo al negro de la buena suerte que cuando abandoné mi asiento seguía allí empinado en la barandilla con su «tam tam» monócorde «Bilbaooo, Bilbaooo». Qué menos podía hacer, le regalé mi gorra rojiblanca con unas palabras en tres idiomas por si era de Guinea, del Camerún o Sierra Leona, «Gracias, macho, te la has ganado».



Hasta don Diego López de Haro tuvo ayer su bandera rojiblanca.

MAÑANA COMIDA CON EL LEHENDAKARI

VITORIA. El lehendakari Garaikoetxea, como sucedió el pasado año, ofrecerá mañana miércoles, en el palacio de Ajuria-Enea, una comida a los jugadores, directiva y equipo técnico del Athletic, que se desplazarán a Vitoria para cumplimentar al presidente del Gobierno vasco tras la conquista de los títulos de Liga y Copa para conmemorar los dos títulos conseguidos. La llegada del autobús que trasladará a la expedición rojiblanca a la sede de la presidencia del Gobierno

vasco está prevista a la una y media del mediodía, culminando su recorrido por diversas localidades de Vizcaya y Álava, en las que recibirá las aclamaciones de los aficionados que no pudieron desplazarse al recibimiento triunfal de ayer en la ría bilbaina.

El pasado año, con motivo de ganar el título liguero de la temporada 1982-83, el presidente Garaikoetxea también ofreció una comida al equipo campeón, que acudió a cumplimentarle a su residencia.